

Formar bloque: hinchas ultras y hooligans de los estadios de fútbol

Patrick Mignon

Traducción : segunda parte

La hinchada ultra responde a su modo a las preguntas que se plantean ciertos grupos sobre el lugar que ocupan en la sociedad, sobre los modos de acción que pueden emplear en ella y sobre las formas del vínculo social, sobre el sentido que pueden darle a su experiencia. Es una manifestación de las tensiones producidas por el carácter imprevisible de las evoluciones sociales y un conjunto de estrategias para conjurar las incertidumbres que se desprenden de ese hecho. Indica así a su modo que el ejercicio de valores cardinales de las sociedades modernas se democratiza: el hincha quiere ser a la vez un individuo, igual a los demás, ser actor de su propia vida y ser visible, todas cosas que culminan en el hecho de querer ser un actor a cien por cien del fútbol y no solamente un espectador. Esta «rabia de mostrarse» no implica necesariamente violencia, sólo el deseo de ser espectacular. Pero ese deseo puede acompañarse de violencia: porque ésta permite así dramatizar la significación de los valores y de las ideas y porque es un instrumento eficaz para transformar un contexto social y poner su existencia en juego.

A esta altura del artículo, Mignon definió la violencia del fútbol de tres modos diferentes. Primero, como reacción a la crisis social (crisis de la pacificación). Segundo, como pánico moral. Tercero, al mismo nivel que el rock o el rap, como expresión cultural popular. En este pasaje, la apología de la violencia continúa. Pero no directamente, ya que, como se anunciaba al inicio del artículo, para Mignon, ser hincha y ser hooligan es formar parte de un mismo grupo de «actores». Al mezclar todos los niveles (el hincha expresivo, el que toca el bombo y el violento racista) Mignon acaba dando una visión idílica de la peor parte de la tribuna. Si al principio mezcla ultra y hooligan, aquí se mezcla ultra con simple hincha. Pero en este párrafo Mignon agrega un punto que viene del sociólogo Bromberger: los violentos de la tribuna son una expresión de democratización...

Dos modelos

Tratemos de precisar esto en torno a las dos lógicas de las hinchadas y sus relaciones con la violencia: el modelo de la constitución de una causa y el de la búsqueda de placer,

que identificaremos, por comodidad, el primero con el modelo italiano de hinchada, el segundo con el británico. Modelo significa que se puede imitar, porque hay anterioridad y originalidad (caso del modelo británico) pero también un ideal-tipo construido para comparar acentuando las diferencias, así la oposición entre un polo hedonista y un polo más puritano: «de verdad», hay en Inglaterra prácticas y valores que se encuentran en Italia e inversamente, pero se trata de rasgos que acercan más bien a los hooligans holandeses con los ingleses.

Después de mucha incoherencia (Mignon es un típico universitario que rejunta todo lo que dijeron todos los demás en un mismo puchero), corto de ideas, Mignon nos va a servir el discurso ya viejo (1980) del discípulo directo de Elias, Eric Dunning. Según Dunning, los hooligans son «machos» obreros no civilizados que utilizan el estadio para aprender a pelear y a provocar. La tesis de Dunning da una idea «animal» de esa parte de la tribuna. Los hooligans serían capas obreras no civilizadas (ver «Deporte y civilización»).

Quiénes son los hooligans? Un punto común: son hombres, adolescentes y adultos. La movilización en torno al fútbol tiene pues que ver con la manera en que se define y se vive la identidad masculina. Pero hay diferencias en la manera en que ésta se define. En Gran Bretaña el reclutamiento de hinchas y de hooligans después de 1955 se dio sobre todo en la juventud obrera. El fútbol es un aspecto de la socialización del joven macho a través de los placeres que le propone la cultura de masa: tiene que ver con lo que es «ser hombre» (tomar, burlarse, defender un territorio, bancar físicamente) y el hooliganismo es una forma exacerbada de estas «virtudes». Como tela de fondo, está la cuestión de la integración problemática de la clase obrera en la sociedad británica, la permanencia de dos naciones de Disraeli, y hoy la cuestión de su existencia misma, y con esta división, la definición cultural, étnica se puede decir, de la clase social, «raza aparte defendiendo su territorio». La cuestión del hooliganismo se plantea en el encuentro entre la manera particular de definirse como integrante de la clase obrera y el lugar que juega la búsqueda de placer en la formación de la identidad social e individual. Aquí se trata de hacer bloque gracias a la violencia concebida como una búsqueda de placer.

La tesis de pelearse por placer es típica de Dunning. El problema es que cuando Dunning explica dicho placer da como ejemplo el de un hooligan de Manchester que sólo tiene «placer» cuando «pelea» con su grupo contra un extranjero aislado para, al final, robarle la plata. Eso no se llama pelearse sino agredir y robar. Pero Dunning no le da importancia al hecho de que 5 individuos agredan a un extranjero aislado (como pasa hoy después de un

partido del Real Madrid o en ciertas tribunas del Parc des Princes). Lo que le importa es «el placer» de pelear. De donde sacan Dunning y Mignon lo del «placer de pelear»? Del hecho que es lo que dicen los hooligans sobre ellos mismos... Qué ingenuidad.

La hinchada ultra y el hooliganismo de otros países europeos tienen un perfil social diferente. Así, en el Parc des Princes, el público de las «esquinas» es netamente masculino (90%), suburbano (75%), joven (54% entre 15y 24, y 36,5% entre 25 y 34), compuesto de estudiantes (34%), y con 49% de asalariados. Cuando se analiza de cerca los hooligans arrestados durante los partidos, se ve que son jóvenes (entre 16 y 22 años), que viven en la región de París, hay algunos desocupados pero muchos tienen un empleo (mitad calificado, mitad no calificado), muchos son estudiantes (los «delincuentes» del fútbol tienen un nivel superior a los otros «delicuentes») y si el origen social los ubica a menudo en las clases populares, también los situa en las clases medias y superiores. Aquí se plantea la cuestión de saber qué es ser joven, macho y blanco en las sociedades donde la movilidad social y espacial está en crisis, y donde, sobre todo en Francia y en Italia, la definición de lo colectivo es más política que cultural. Esto da inmediatamente una hinchada ultra con perfil de «causa».

Construir una causa

Hay una violencia específica del fútbol porque hay una causa que hay que defender y una comunidad que hay que construir. Porque la comunidad de los hinchas es un acto de voluntad y no la simple constatación de una experiencia común. Evocar la hinchada es a menudo hablar de una identidad cultural o social específica dentro de la cual está el equipo. Y en un contexto de afiliaciones múltiples y de diversidad de lugares susceptibles de generar placer y sentido, hay que trabajar duro (militar, movilizar) para establecer y dar vida a ese vínculo orgánico entre un equipo y los hinchas y entre los hinchas entre sí.

Esta causa no se confunde con las estrategias políticas de movilización de los hinchas, en especial de los grupos de extrema derecha presentes en todas las tribunas europeas. Hay una voluntad de reclutar, de hacer circular ideas en un medio donde desconsiderar al otro y la mentalidad provincial parecen cerca de las visiones del mundo de la extrema derecha. Para algunos, las tribunas son prefiguraciones de un orden blanco que hay que defender

físicamente contra los inmigrantes, a los cuales se les prohíbe tal sector y que algunos persiguen después del partido, o contra la policía en la lógica de una estrategia de tensión, como en Italia en las últimas tres temporadas. Estas estrategias se nutren del espíritu de «blanquito» de una parte de los hinchas para quienes no se trata de ideología y menos de militar en persecuciones, sino de escapar al «miedo de caer» que sienten las capas sociales amenazadas de «desafiliación», y de poner en escena, con la radicalidad del verdadero hincha que defiende un territorio, un modo de experiencia realista de la vida en las grandes ciudades, como es la inseguridad juvenil engendrada por las bandas y por las tendencias a la etnización de las relaciones sociales (más generalmente, se trata de mantener un lugar en una sociedad dura para los jóvenes y los chicos, en donde los grupos están en competencia). El sector de la tribuna puede jugar así el rol de una comunidad acogedora y calurosa donde todos están en pie de igualdad frente al enemigo común.

Bueno, todo esto es muy lindo. Pero puede decirse de cualquier grupo. Hay un libro del escritor Sebastian Haffner (Historia de un alemán). El autor explica cómo el nazismo se desarrolló en el pueblo no gracias a su ideología sino gracias a las estructuras de «camaradería». Pero el hecho de que halla camaradería, comunidad acogedora, afiliación, etc. no permite en nada definir la naturaleza del movimiento que puede ser musical, deportivo o criminal. Por otro lado, es importante plantearse la cuestión del «territorio» en la tribuna. Para Mignon es un signo positivo: en la tribuna, los ultras tienen «domicilio». Pero esto plantea un problema ya que la tribuna tiene que ser de acceso libre para todos. Hoy en día, partes enteras de los estadios están ocupadas. La conquista de territorios es uno de los medios malsanos empleados por ciertos movimientos violentos.

Pero el discurso político tiene la ventaja de mostrar intransigencia necesaria para crear fronteras fuertes entre miembros de la comunidad y los otros. Instalados en lugares diferentes del estadio, los ultras expresan con sus palabras y espectáculos su compromiso con la causa del equipo, la autenticidad de los verdaderos hinchas, la defensa de lo colectivo; hablan del respeto por la camiseta, del orgullo por la ciudad y el equipo, honor, territorio, solidaridad, autonomía, trabajo, organización de espectáculos, participación en la historia, de una contribución a la leyenda del club y al heroísmo del hincha. Se destacan así del simple espectador visto como pasivo y versátil. No pierden oportunidades de recordarle al club y a los jugadores los deberes hacia el fútbol en general y hacia los hinchas en particular. Denuncian la injusticia que se les hace cuando se les denigra, ignora o maltrata. Se consideran víctimas de las evoluciones mercantiles del fútbol, de su mediatización y de

la extensión de las tribunas con asientos. En todos estos aspectos, participan de la cultura nueva del estadio que junta el sentido del espectáculo, del manager, la defensa de una causa, la búsqueda de la realización personal, la rabia de la apariencia, el deseo de ser visto y también un moralismo.

Aquí Mignon alcanza el punto máximo: los violentos (que incluye dentro de los ultras) son los verdaderos hinchas, los «puros», los que no aceptan la corrupción, la venta de jugadores. Con un tal análisis al revés (y populista ya que Mignon se hace el eco de todo el discurso populista «amor a la camiseta», «no a la plata», no a la internacionalización de los jugadores), difícil entender qué pasa en España, Italia, Argentina o Hungría.

Vistos de afuera, los ultras son peligrosos porque son agitados y actúan colectivamente como grupo de protesta. Es una protesta casi puritana, una manifestación de pureza y de compromiso afirmado, que permite la construcción de una identidad fuerte, de reconocimiento de sí y entre sí, y que se opone al oportunismo de los espectadores, a los jugadores y dirigentes que aceptan la derrota, el no respeto de las reglas, la venta de jugadores, el juego del dinero y de la imagen, etc. La susceptibilidad del adolescente o del post-adolescente sin distancia con respecto a sí mismo porque carece de rol social, una de las fuentes de la incivilidad, se vuelve así parte de un legítimo honor colectivo.

Confirmación: los ultras (léase «violentos») se oponen al oportunismo de los «espectadores» (?????).... qué suerte!!!!!!.....

Las reglas del fútbol producen la solidaridad deseada gracias a la elección de un equipo y a la existencia de hinchas adversos, a la aventura que es ir al territorio enemigo, atemorizar a los dirigentes del club, a la policía o a la prensa cuando el grupo amenaza. La violencia, cuando llega, también es fundadora, ya que permite dramatizar la situación, afirmar la identidad y delimitar fronteras. Hace participar de una transgresión y crea una complicidad delictiva: la existencia de un kop como entidad se verifica a través de la violencia que ejerce y las amenazas que lanza. La violencia sirve así para crear solidaridades temporarias nacidas en la pelea, crea una memoria transmisible, prueba de historia.

Y todo se entiende... ya que la violencia es una manera de crear identidad, de crear grupo y comunidad, y en consecuencia, una base para defender la pureza del fútbol contra los oportunistas.

En este proceso, una estrategia de tensión por la violencia une a los hinchas ultras apolíticos con los militantes cuando enfrentarse a la policía significa defender el desarrollo de la vida colectiva: una alianza objetiva, como se decía antes, con reparto de tareas. Los que quieren

pelear aparecen como protectores de los hinchas comunes, sobre todo cuando el equipo va de visitante.

Para asociaciones más respetables, la violencia puede ser también una forma de intercambio con las instituciones, policía o club: por ejemplo, para obtener ventajas en términos de participación o derecho de piso en las tribunas. Pero la violencia es también una forma de arbitraje entre asociaciones cuando hay competencia en la definición de la legitimidad de la actividad y la organización del kop, para imponer o evitar una línea ideológica de la hinchada. La violencia es un medio y una oportunidad: cambia la situación aunque no se la haya provocado. En todos los casos, esta violencia es una manera para los hinchas de transformarse en actores, actores que no esperábamos o no queríamos, pero actores que llaman la atención de los medios de comunicación de otra manera sobre lo que pasa en un estadio de fútbol.

«Para asociaciones más respetables, la violencia puede ser también una forma de intercambio con las instituciones, policía o club: por ejemplo, para obtener ventajas en términos de participación o derecho de piso en las tribunas.» Yo diría que esta frase, dicha así como si nada, es el colmo. Las «asociaciones más respetables» utilizan la violencia como «una forma de intercambio» (!!!!!)... para obtener ventajas. Es lo que se llama chantaje y racket. Sigue después una descripción pueril de las luchas entre grupos violentos... En fin... con tales conceptos, no me parece que la lucha contra los violentos en Argentina o en Uruguay pueda avanzar. Más bien los bravas van a estar contentos.

Para terminar agregaría dos cosas. A nosotros no nos importa si un criminal, un mafioso o un violador sienten placer. Lo que nos importa es la naturaleza exacta de los actos que realizan. Explicar la naturaleza de los actos por «la causa placer» es no explicar nada, no caracterizar nada. Último punto: para entender la cuestión de la tribuna y de los clubes, hay que tener un mínimo de cultura futbolística, de conocimiento de la cancha y de su historia. Desgraciadamente, muchos sociólogos no tiene ni idea de lo que es una tribuna y utilizan el tema para aplicar sus ideologías.

Como encarar el tema? Históricamente. Con hechos y datos se puede llegar a entender porqué grupos ORGANIZAN sistemas de violencia en torno al fútbol, al poder político y financiero que gravita en torno al fútbol. Se vera así que el hooliganismo inglés de 1930 es

diferente del facho-hooliganismo español del 2000, de los ultras italianos ligados a la mafia y de las barras bravas. Se verá también que el joven provocador que se divierte no tiene nada que ver con el criminal que organiza el racket. Se verá también que hay que estudiar la situación concreta de cada país, de cada época, de cada club, y no hacer generalizaciones vacías.